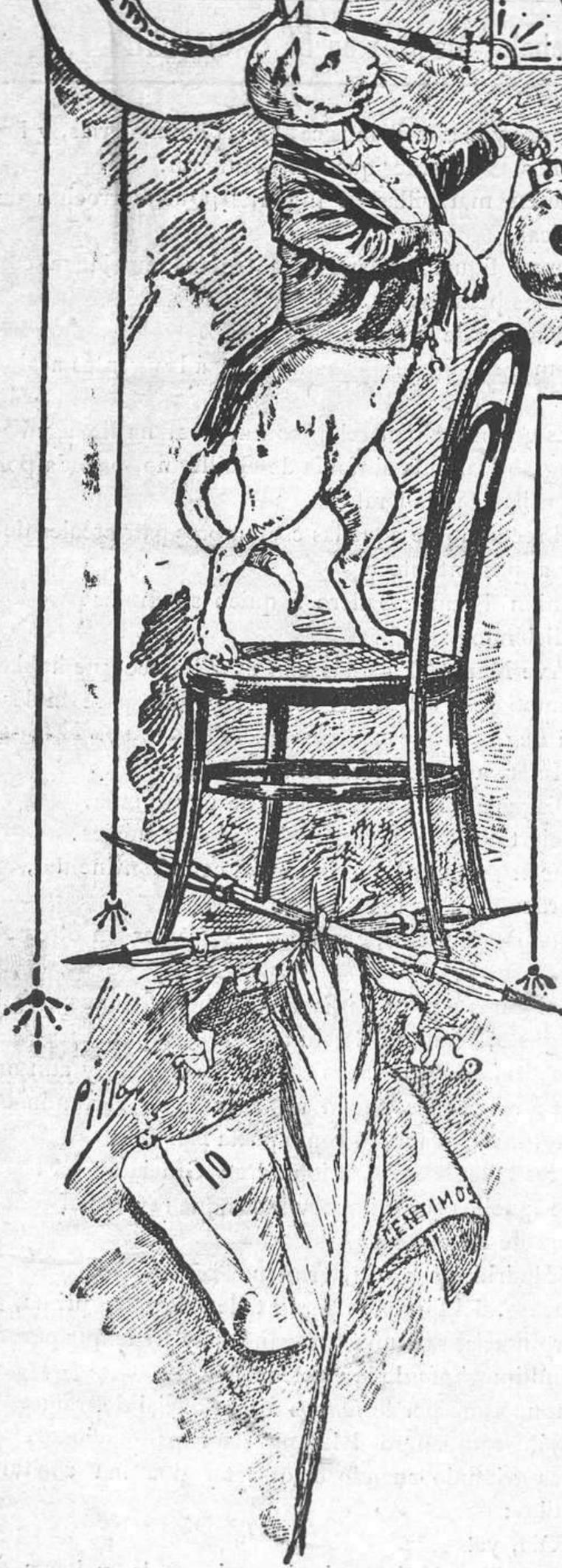


# LA CASCABEL



Núm. 7.º EPOCA TERCERA Año I.

SILUETAS, por Mecachis.

## NUESTROS HUÉSPEDES



La hija del alcalde de Villatortas, que tiene veinte años y ya anda sola.

## REDACTORES

Bustillo (D. Eduardo).  
 Cavia (D. Mariano de).  
 Jackson Veyan (D. José).  
 López Silva (D. José).  
 Palacio (D. Eduardo de).  
 Paris (D. Luis).

Paso (D. Manuel).  
 Pérez Zúñiga (D. Juan).  
 Sierra (D. Eusebio).  
 Taboada (D. Luis).  
 Torromé (D. Rafael).  
 Yráyoz (D. Fiacro).

## COLABORADORES

Todos los buenos escritores festivos.

## DIBUJANTES

Angel (D. Manuel).  
 Cilla (D. Ramón).  
 Escaler (D. Ramón).

González (D. Melitón).  
 Sáenz Hermúa (D. Eduardo) (*Mecachis*).

Advertencia.—Queda prohibida la copia de los trabajos insertos en EL CASCABEL



## AVISO

Nuestro querido compañero D. Mariano de Cavia se encuentra ligeramente enfermo y no ha podido escribir la crónica.

¿Que lo sienten ustedes? Nosotros también;

pero sólo nos es dado acompañarlos en el sentimiento, y esperar á la semana próxima.

## CONCIERTOS CASEROS

No niego que cunde la afición á la música.

Sinnúmero de vecinos de Madrid no conocía á Schubert, por ejemplo, ni aun á Mozart.

Algo de la partitura de *Lucía* y algo de *Lucrecia* y «su *Trovador*» y «su *Traviata*» y, aliquando, *Norma* ó *la Huérfana de Bruselas*, según un concejal, muy conocido por su instrucción, de este Ayuntamiento, que se ha de comer la tierra.

¿Tocar? Nadie tocaba en Madrid más que «los desengaños» ó «las consecuencias», y actualmente 5.000 señoritas con piano, ó 5.000 pianos con señorita, demuestran el progreso musical en esta corte.

Mayo llegó y con Mayo los quejidos entre misteriosos y lastimeros de tantas chicas sujetas á la influencia de la música.

Recuerdan las personas mayores, que en Madrid no se conocía otra música, aparte de las «de tropa» y de las orquestas de los teatros, que tal cual clavicordio, algún fagot casero y, por excepción, un violín ó un órgano económico, expresivo ú no.

Eran aquellos tiempos en que los vecinos principales tenían mono en el balcón, y loro los indianos de vuelta, y cazador con barbas y sombrero tricornio con flecos y bandolera, sentado en la zaga del carruaje.

Llamaban la atención, justificadamente, los relojes

con monos y piezas de música, en las horchaterías, y los organillos ambulantes que sobrevinieron.

¡Cuántas maravillas de ingenio! ¡Qué derroches de mecánica!

Algunas figurillas danzantes tenían semejanza con personajes políticos.

Travesuras de la época.

Algunas horchaterías se llevaban á las gentes acaloradas.

A las que no tenían relój con monos, nadie acudía. ¡Alegraba tanto la sinfonía de Guillermo, bailada por las figurillas de maderal!

—El recuerdo de aquellas costumbres patriarcales deleita y al par entristece.

Opinión de un caballero á quien su mujer pára los pies, diciéndole:

—¡Ave María! ¿Ya estás con eso? Parece que hablas del tiempo de los Reyes Católicos, y todo para molestarla á una.

—Mujer, aunque fueras la niña de Boabdil.

—Disgustan esas evocaciones de ultratumba.

Lo cierto es que hemos adelantado en música.

Conciertos en el Imperial, en el café Continental, en el Sacramental, en todas partes.

Sextetos, quintetos, cuartetos y *solipetos* en otros sitios.

En algunos puntos de España, había aficiones artísticas y gusto, como en Cataluña, por ejemplo.

Constituían asociaciones corales los obreros y aun orfeones ó morfeones, según un académico berrendo en colorao, muy aplaudido como poeta *morfeón*.

En los talleres en Barcelona y en Gracia oye el transeunte aquellos coros improvisados que revelan el «buen humor» de los trabajadores.

En Madrid no cantan, gruñen.

Si acaso, del fondo de algún taller de obra prima, ó de carpintería, sale una voz gangosa y triste que parece el penúltimo *jipio* de la existencia.

Entona «una por lo *jondo*» algún oficial del ramo.

Algún compañero del tenor con palpaciones, se arranca gritando cuando el otro termina una «friture de estilo»:

—¡Ole, ya!

El martillo, machacando la suela, es la guitarra de obra prima; ó la garlopa, suavizando la madera, el acompañamiento musical.

Pero masas corales no se encuentran en los talleres de Madrid.

—Pues hay afición y grande —me aseguraba un ca-

ballero con quien caí de pupilo en una de las más aplaudidas casas del ramo de esta capital.—No dude V. de la afición, que dentro de poco tiempo se convencerá de la verdad.

—Podrá ser.

—Yo he recorrido muchas tierras y he visto de todo —añadía mi compañero; —soy comandante retirado á la vida privada.

—¡Ya!

—Pero no he visto casa como esta.

—¿Eh?

—Vamos, tanta afición á la música y tantos artistas. Y no me explicaba más.

Pero llegaron los primeros días de calor.

Como llegan todos los años, según habrán observado ustedes, quizás.

Como las pasas de Málaga y los chorizos de Extremadura y los melocotones de Aragón: en los días de moda.

Como los «artistas» contratados para el circo de Price: en su estación.

Llegaron los profesores con los primeros días de calor.

O, mejor dicho, con las primeras noches.

En mi oído resonaban notas angelicales.

¡Qué diversidad de instrumentos de metal y de cuerda!

Pero arreglados al diapason celestial y no al que pasa por Berlín, que dice el concejal anteriormente apuntado ó traspuntado.

¡Qué armonías y qué dulzura de tonos y qué delicadeza de expresión, y qué matices!

Por fin, que puede oír cualquiera sin despertar, una pieza de empeño, ejecutada por la orquesta misteriosa que me obsequiaba á diario.

¡Qué instrumental!

Era la música de alabarderos, con pedal, ó, mejor, con sordina.

De cuando en cuando, un solista eminente se destacaba entre ellos y ejecutaba una deliciosa *caballeta* no rusticana.

Después repetía todo el conjunto, los mismos compases.

Al amanecer me veía lleno de granos y amoratado.

Examinaba detenidamente mi cuerpo y alrededores, y nada de extraño ofrecían.

Pero como todo cansa, empezaron á reventarme aquellas serenatas y pensé en espantar á los músicos.

Me hinchaba á bofetones, pero no conseguía el fin anhelado.

Una vecinita, con quien solía compartir las horas de ocio, me sacó de las dudas con que batallaba cada noche.

—¿Usted toma café con gotas?—me preguntó.

—No, hija—respondí.

—Por que yo le tomé así una noche y al amanecer creí que era huérfana.

—¿Cómo huérfana?

—Que estaba como para morirme sola.

—Pues yo...

—¿Lee V. cosas tristes?

—No, tampoco.

—Estará V...—murmuró ruborizada y se detuvo.

—¿Estaré cómo, señorita? Porque esa suposición es un tanto ofensiva para mi honra.

—Enamorado—acabó con dificultad.

—¡Ah! Tampoco.

—¿Tampoco?—preguntó con pena.

—Tampoco, porque no me atrevo á aspirar á un imposible.

—¡Imposible! ¿Por qué?

—De acera... á acera... Ya ve V.

—Pero el comandante, que era hombre más práctico, me sacó de dudas, diciéndome:

—¿Cómo le tratan á V. los mosquitos?

—¿Luego son mosquitos los que yo tomaba por profesores?

—Y si fueran solamente mosquitos...

—¿Eh?

—Pero hay acompañamiento que ni habla ni canta.

—¡Ellas!

—Pero hombre, V. parece un guardacantón.

Expuse mis quejas á la patrona, que me respondió de la exquisita policía de la casa, y añadió esforzando sus argumentos:

—Ya V. ve que yo duermo tocando con V.

—Dios no lo permita.

—Pues ni un mosquito siento.

Una noche perdí el conocimiento.

Cuando entraron en mi habitación y volví á la razón ya estaba *chinchado*.

Y aún me decía la infame pupilera:

—Será V. quien las cría.

EDUARDO DE PALACIO.

## PASAR EL TIEMPO

—¡Qué calor de primavera!  
Ya se ven lilas, mamá.

—Esos que te hacen el oso  
me prueban bien que *los* hay.

—De lo que yo quiero hablarte  
es del cambio estacional  
y de las cosas precisas  
que ahora *debemos* comprar.

—Tenemos poco dinero.

—Pues de ropa ¿qué dirás?

—Se hace un arreglo en los trajes  
del año pasado.

—¡Bah!

¡Si están hechos un guiñapo!

—¡Pero, chica...!

—Ya verás.

—¡Si no hay por dónde cogerlos!  
 —¿Qué te decía? No hay más  
 que irnos hoy de tienda en tienda.  
 —Pues, hija, vamos allá.

\*  
 \* \*

—¡Hola, señora de Céspedes!  
 —Buenos días, señor Valls.  
 Sáquenos V. las telas  
 de la última novedad.  
 —Vea V.

—Ay! qué dibujos  
 tan anticuados y tan...

—Aquí tiene V. *ottomanos*.

—Pues no los puedo tomar.

¡Uf! ¡qué *cursis*, ni de balde!

—*Rasos, organdis, sourahs*.

—Los tejidos son muy malos  
 y el precio una atrocidad.

—Pues no es menos.

—Vamos, hija.

—¡Qué fatiga! No encontrar...

A ver... aquí hay abanicos  
 y sombrillas y *antucás*.

\*  
 \* \*

—Señorita, es lo más nuevo  
 que V. puede desear.

—¡Qué país y qué paisaje  
 y qué varillaje! ¡Quiá!

—Si llevamos abanicos  
 como estos, nos silbarán.

—Señora, ¿y esta sombrilla?

—No tiene por qué asombrar.

—¿Y el precio? Veinte pesetas.

—¡Jesús! ¡qué barbaridad!...

Vamos, niña.

—Ya me canso  
 de tanto salir y entrar

y volver sin nada á casa.

—¿Me quieres dejar en paz?...

\*  
 \* \*

—Las de Céspedes! Les beso  
 los...

—No; nada de besar.

Buenas telas y baratas,  
 y no le pido á V. más.

—Pues hija, á pedir de boca;  
 muchacho, empieza á sacar.

—El mostrador está lleno.

—Pues faltan...

—No; basta ya.

—¿No le gustan?

—Son de un gusto  
 de diez veranos atrás.

Mucho algodón, poca seda,  
 y esta *sarga* es infernal,  
 y este *tul*...

—Imita á blonda.

—Pero, hombre, ¡qué ha de imitar!...

Hija, vámonos á casa

y otro día se verá.

—Y sin telas y sin...

—Niña,

mira que voy á estallar;

que estoy ya, de correr tiendas,  
 partida por la mitad.

\*  
 \* \*

Y á casa, y hasta otro día,  
 y otro pasatiempo más,  
 y otra *latita* al comercio;  
 pero, ¿trajes *nuevos*? ¡Cá!...

EDUARDO BUSTILLO.

## MAMÁ MODELO

Era la gentil Leonor  
 una muchacha ideal  
 capaz de inspirar amor  
 á un hombre de pedernal.

La conocí cierto día  
 en la calle de Preciados,  
 al bajarse del tranvía  
 de *Estaciones y Mercados*.

Al mirarla, quedé absorto,  
 y como no es de razón  
 que el hombre se muestre corto

en semejante ocasión,  
 le dirigí un chicoleo  
 ponderando su hermosura,  
 y ella me mandó á paseo  
 con muchísima frescura.

Pero no me intimidó  
 que tal hiciera conmigo,  
 porque, en tales casos, yo  
 suelo *crecerme al castigo*.

Sí, la llegué á suponer  
 una estrella, por lo bella,

CONSULTA LITERARIA



—¿Y qué piensa V. hacer con la princesa?  
—Darle los tres millones... aunque me pesa.

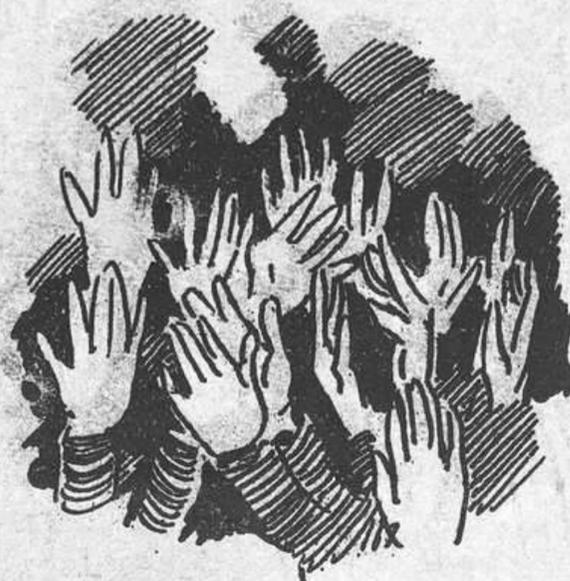
## RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO



Ha llegado la hora de la emancipación social!...



Nosotros, lo que queremos es comer.



(Grandes aplausos.)



Es preciso romper las cadenas con que la burguesía nos esclaviza.



Para eso es necesario que obremos. ¡A obrar pues!...



(Uno.—No, eso no.)



El presidente agita la campanilla.



Y se disuelve la reunión.



Al otro día, da cuenta la prensa del *meeting*; pero sin comentarios, porque, claro, los comentarios también huelgan.



—Mañana, carreras de caballos.  
—Pues prepárate, porque correremos. ¡Con el genio de la señorita!  
—¡Ya lo creo; para darle gusto hay que mover mucho la fusta!

## EMINENCIAS



No hay mujer que no los quiera  
ni valiente que les tosa,  
porque estos son los dos guapos  
del barrio de la Paloma.

y al punto decidí ser  
el rabo de tal estrella,  
siguiéndola con ahinco  
hasta llegar á su casa,  
que era en el noventa y cinco  
de la calle de la Pasa.

Y supe aquel mismo día  
que era huérfana de padre,  
y que estaba en compañía  
de D.<sup>a</sup> Bruna, su madre.

Tres días estuve allí  
rondando de sol á sol,  
y en los tres días rompí  
unas botas de charol.

Pero al fin de la primera  
jornada de aquella historia,  
conseguí que ella me diera  
un *sí*, que me supo á gloria.

\*  
\* \*

Era la tal D.<sup>a</sup> Bruna  
un diablo ingerto en harpía,  
lo que aquí llamamos una  
*suegra de caballería*:

viuda de un bajo profundo  
llamado D. Trinidad,  
que murió en el *otro mundo*  
cantando *La Tempestad*.

D.<sup>a</sup> Bruna era un castigo  
que Dios me había enviado,

pues lo que ella hizo conmigo  
no es, lector, para contado.

Con cautela me espiaba,  
y los pasos me seguía  
y, sin motivo, me daba  
un disgusto cada día;  
sin la menor aprensión  
registraba mis bolsillos,  
y solía darme con  
la badila en los nudillos;  
no me dejaba fumar  
cuando ella estaba presente,  
ni me dejaba mirar  
á su niña frente á frente;  
ella en todo se metía,  
y por miedo á una sorpresa,  
entre su hija y yo, ponía  
cuatro sillas y una mesa.

.....  
Cansado de tanto insulto  
y de ver á D.<sup>a</sup> Bruna,  
decidí *escurrir el bulto*  
y lo logré por fortuna.

.....  
Y hoy he sabido que vive  
aquella suegra endiablada,  
con un francés, que la exhibe  
á *perro grande* la entrada.

MANUEL SORIANO.

## ¡Don Severo!

Yo, á las personas bromistas, les tengo un miedo  
cerval.

Aún me está doliendo un puñetazo que me atizó en  
este hombro (el derecho) un mi amigo, bromista como  
pocos. En cuanto me ve, viene por detrás y me sacude  
dos ó tres trompadas en el cogote, ó bien me tapa los  
ojos con ambas manos, ó me mete la contera del bastón  
por un oído, ó me muerde en un hombro.

Pero ¿qué remedio me queda más que aguantarme?  
¿Me voy á enfadar por una simple broma? Sería ri-  
dículo. Lo que hago es devolverle la caricia, y unas ve-  
ces le doy con el puño cerrado en un ojo, otras veces  
hago presa en su bigote y se lo estiro, y otras le suelto  
una patada en la boca del estómago. Y los dos nos que-  
damos tan contentos.

Son bromitas nuestras.

A esta clase de sujetos, bromistas de suyo, pertenece  
Atilano Veludillo, escribiente cuarto del Tribunal de  
Cuentas del Reino. Es un joven de prendas estimables  
que entra en la oficina todas las mañanas bailando la  
mazurka, y lo primero que hace es subirse á una mesa  
y dirigir un discurso en portugués á sus compañeros de

Negociado para pintarles las excelencias de las sopas  
de ajo.

—Ya está aquí este demonio,—suele decir D. Casto,  
oficial de la clase de quintos.—Pero ¿cuándo va V. á  
sentar esa cabeza?

—Nunca—responde Veludillo, y se precipita en bra-  
zos de D. Casto, dándole media docena de besos sono-  
ros en ambas mejillas.

El día que Veludillo no asiste á la oficina porque está  
enfermo ó porque tiene que ir de *juerga* á las Ventas,  
ó por otra causa semejante, en aquella casa parece que  
falta algo esencial, y D. Casto es el primero que dice  
con cierta amargura:

—¡Caramba! Parece que no, y se nota la ausencia de  
ese demonio de Veludillo.

—Ya lo creo que se nota—agrega otro de los funcio-  
narios.

—Es un calavera, no hay que negarlo; pero tiene un  
fondo excelente.

—¡Oh! ¡Lo que es eso!...

—Cuando yo tuve la última fiebre eruptiva, ni un  
sólo día dejó de ir á mi casa para saber de mí y conso-  
larme. El pobrecito se metía en un rincón de la alcoba  
y allí se pasaba las horas muertas enseñándole á mi cu-  
ñada la marcha del tute.

—Para cuidar á un enfermo es una especialidad. ¡Si le hubiera V. visto, como le ví yo, dándole friegas en la espalda á un pobre albañil, vecino suyo, que se había caído por las escaleras!

El caso es que á Veludillo le quieren todos los de la oficina, á pesar de las bromas. El único que no participa de este sentimiento generoso es D. Severo, el jefe superior del Negociado. A éste no hay quien le hable del joven bromista, porque se pone furioso y á cada paso dice, después de descargar un puñetazo sobre la mesa:

—A ese titere, el mejor día, le cojo por el rabillo del pantalón y lo estrello. ¿Qué se ha figurado ese mono? ¿Que la oficina es cosa de juego? Pues se lleva chasco. Aquí, el que no guarde los respetos que se merece este alto tribunal, queda *ipso facto* declarado cesante.

El jefe era hombre irascible, porque padecía una gastralgia crónica, adquirida en el archipiélago filipino, donde había desempeñado destinos de suma importancia. Contábase de él, que siendo gobernador de Ilo-Ilo había mandado matar en un solo día docena y media de indios bravos para forrar con sus pieles una sillería y hacer dos petacas.

D. Severo, después de muchos años de ausencia, había vuelto á España casado con una mestiza, y esto, unido á la gastralgia, producía en su ánimo tal irritabilidad, que en cuanto le contrariaban en lo más mínimo, ya estaba cogiendo el cepillo de las botas y golpeándose con él, ó bien se echaba mano al bigote y se lo retorció con furia hasta arrancarse varios pelos.

Veludillo respetaba profundamente á D. Severo, y más de una vez se había visto sorprendido en sus juegos por la voz de éste, que gritaba furioso desde su despacho:

—¡Silencio, Veludillo! ¡O se calla V. ó lo echo de la oficina!

Entonces el infeliz escribiente perdía su buen humor

y bajaba la cabeza, como si tratase de ocultarla dentro del cesto de los papeles.

Otras veces, D. Severo en persona se presentaba en el despacho de sus subalternos, para decirles con acento iracundo:

—En todo el día no cesan Vds. de reir. Voy á dar parte al presidente del tribunal. La culpa de todo la tiene Veludillo, y un día hago una barbaridad.

Pero pasada la primera impresión desagradable, éste volvía á ser el joven bullicioso y alegre que todos conocemos.

—Vamos, D. Casto—decía una tarde Veludillo acariciando la calva de su compañero de oficina.—Recite V. algo del *Tenorio*; ya sabemos que es V. un actor consumado.

El oficial aludido, que no andaba bien aquel día del estómago, dejó á Veludillo con la palabra en la boca, y cogiendo su sombrero salió del despacho precipitadamente.

—¿Me desprecias, viejo insano?—gritó Veludillo en tono trágico.—Pues bien; ¡yo me vengaré!

Y colocándose detrás del portier de la entrada se dispuso á esperar el regreso de D. Casto para darle un buen apabullo.

Pasó un cuarto de hora.

Oyéronse pasos en el corredor.

El corazón de Veludillo latió precipitadamente.

Y sin abandonar su escondite, y ocultándose detrás de la cortina, levantó el brazo para dejarlo caer pausadamente sobre el sombrero de copa del recién llegado.

Este rugió como una fiera herida.

Veludillo entonces, haciendo una graciosa pirueta, fué á colocarse frente por frente del agredido...

¡Y el agredido era D. Severo!

LUIS TABOADA.

## MESA REVUELTA

Para mujeres, mi tierra;  
para robar, los judíos;  
para mentir, en Sevilla;  
Valdepeñas, para vinos;  
para tocar, Sarasate;  
para matar, *Lagartijo*;  
Echegaray, para dramas;  
Burgos, para sainetillos;  
para mantequilla, Soria;  
Badajoz, para embutidos;  
y para *irse* poco á poco,  
sin lanzar un solo grito,  
fumar de cualquier estanco  
dos pitillos.

\* \* \*

El Congo, para jabones;  
Isasa, para ministros;

Geraudel, para pastillas;  
para doctores, Garrido;  
Campoamor, para doloras;  
Peral, para submarinos;  
Coloma, para novelas;  
Clarín, para buenos críticos;  
para pintores, Bussato;  
para miopes, D. Cristino;  
nuestra calle de Alcalá,  
para gomosos y pillos,  
y para malos alcaldes,  
D. Faustino.

\* \* \*

Para aguas buenas, Loeches;  
para monas, el Retiro;  
para raros, los ingleses;  
las inglesas, para tipos;

para nieve, la Siberia;  
para café, Puerto Rico;  
para apostar, los franceses,  
y para inventar los chinos;  
para fósforos, Cascante;  
para blanca el armiño;  
mi amigo D. Luis Taboada  
para escritor graciosísimo,  
y para tratar de toros,  
*Sobaquillo.*

\* \* \*  
Para bacalao, Escocia,  
y para sardinas, Vigo;  
para bailes, en Romea;  
para el juego, nuestros círculos;  
Noherlensom, para barómetros;  
las Cortes, para granizos;  
para huelgas y motines,  
Madrid, esto ya es sabido,  
y nuestros guardias del orden,  
para guardias... distraídos;

para payasos, Rossell;  
para *ecuyéres* el circo,  
y para gente embustera,  
los políticos.

\* \* \*

Para calores, el Sahara;  
Guadarrama, para frío;  
para tabacos la Habana;  
para hablar bien, D. Emilio;  
para caballos, la Arabia;  
para confuso, el sanscrito;  
para pirámides y  
jeroglíficos, Egipto;  
para sol, la primavera;  
para frutos, el estío;  
Faber, para lapiceros;  
Toledo, para cuchillos,  
y para ricos manjares...  
el cocido.

TOMÁS REDONDO.



Recuerdos de las pasadas huelgas:

En Zaragoza «un grupo de cinco jinetes da una paliza á un obrero.»

Hay que reconocer que el ejército español siempre fué noble en la pelea.

Sabrían esos soldados que en Zaragoza, 82 años atrás, luchaba un hombre solo contra cinco.

¡Y como el orden de los factores no altera el producto!...

\* \* \*

*Echemos unos renglones  
á revistas de salones.*

Dice Monte Cristo:

«En la morada de los condes de..., precedió á la reunión una comida tan delicada...»

¡Oh, Dios! ¡Soplo divino que inspiras esas descripciones encantadoras de perlas, gasas celestes, nubes flotantes, pájaros canoros y pájaras sencillas!

\* \* \*

Recorte de *El Imparcial*:

«Por haberse inutilizado la máquina de vapor donde se publica *El Sinapismo*...»

¿Dónde se publica, ó dónde se tira? Porque creíamos

que se publicaba en Madrid, y que se tiraba en una máquina de imprimir.

Aunque quizá *aquello* sea una figura de dición, para expresar que la corte en estos momentos es una inmensa caldera...

Donde se cuecen los buñuelos literarios.



*M. T. Rio.*—Mal medidos los versos en todas las composiciones.

*Gigante.*—Repíte V. siete veces una frase, en *El botón*, y son muchas veces siete, mi querido gigantón.

*Sin-eso.*—Madrid.—«Cuando mi suegra esté mala y no se pueda mover, pasará unas corajinas... y yo entonces me reiré.  
¡Para eso si tiene anginas!»

¡Ya lo creo que se reirá V! Y su suegra; sí señor, también su suegra.

*Cascabelitos.*—D. Diego, más sangre fría. De los sonetos, ninguno: son riquísimos en ripios.

*Pirindola.*—También V. los usa; además, la gracia de la composición está basada en un chiste muy picante, y... ¡no puede ser!

*Ruperto.*—¡Rayos y truenos! ¿Más ripios?

Sr. D. E. G. A.—«A ella.» Eso es: á ella con los versos amorosos.

VIUDA É HIJOS DE LA RIVA, impresores de la Real Casa, calle de San Isidro, 6 duplicado.—Teléfono 260.



—¡Lo que me apenaría es que me timaran el borrico á cambio de algún cartucho de perdigones!

# ANUNCIOS

**EL CASCABEL** EL SEMANARIO SATÍRICO ILUSTRADO

*Se publica todos los jueves y está redactado e ilustrado por los mejores escritores y dibujantes españoles.*

Precios de suscripción en toda España: Trimestre, 1'50 pesetas; semestre, 3; año, 6.  
Extranjero y Ultramar: semestre, 6; año, 10.  
Precios de venta: Número suelto ó atrasado, 10 céntimos.

A vendedores y corresponsales, 6 céntimos.  
No se admiten suscripciones por menos de un trimestre, y las de fuera de Madrid, así como los números atrasados, no se servirán si al pedido no se acompaña su importe en letras, libranzas ó sellos<sup>o</sup> de franqueo.

A los señores corresponsales se envían las liquidaciones á fin de mes ó de trimestre, según la cuantía, y se suspende el paquete á los que no paguen antes del día 10 del mes siguiente.  
Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN  
**Calle de San Isidro, 6 dup.<sup>o</sup>**  
(Teléfono 280.)

LIBRE  
Car



CIÓN  
ANDO FE  
imo, 2.

E  
GRAN  
3



A  
HECHAS  
- 3

## PONCHE ANGELICAL

Pídase en todos los cafés y tiendas de ultramarinos.

Depósito: Preciados, 8.

## CARLOS PRAST

CONFITERÍA Y ULTRAMARINOS

8-ARENAL-8

(Teléfono núm. 283.)

## CHOCOLATE CANÓNIGO

CON REGALO

Primera y única casa en la fabricación de este especialísimo chocolate. Preciosos artículos útiles y de capricho para regalo en cada paquete. No confundir esta marca con las que, con el pretexto de regalo, quieren imitarnos.

ÚNICO PUNTO DE VENTA

LA PERLA, 4, Milaneses, 4.

## GUINEA

Comprando en su casa joyas ó relojes es seguro que se obtiene economía de 20 por 100 sobre los precios generales en el comercio. Surtidos de primer orden. Altas novedades.

Carrera de San Jerónimo, 28.

## DE BALDE

casi, realizamos un inmenso surtido de camas inglesas y del país, y los tan renombrados colchones de muelles que hace esta casa.

¡¡¡Novias, aprovechase, que ahora es la ocasión!!!

Plaza de la Cebada, 1.